

El Padre Pío y el "Camino de la Cruz"

John Lenti

EL PADRE PÍO (1887-1968) fue un sacerdote y fraile italiano cuya misión fue inculcar fe en los demás durante un tiempo de escepticismo e incredulidad. Aunque se ha escrito abundantemente sobre los muchos milagros del Padre Pío, él no les daba importancia, incluyendo su bien conocida capacidad de bilocarse.

Gentes de todas las profesiones y condiciones sociales, han declarado que lo que cambió sus vidas no fueron los milagros del Padre Pío, sino su presencia crística y su profunda devoción a Dios. A través del Padre Pío experimentaron la presencia de Dios, o como dijo alguien: "Él hizo a Dios real".

Sufrir para la salvación de los demás

El Padre Pío dedicó su vida a lo que él llamó la "co-redención". Para él esto significaba seguir el "camino de la cruz", en el que grandes santos sufren por la salvación de los demás; una idea similar a la tradición espiritual oriental de asumir el karma de los demás.

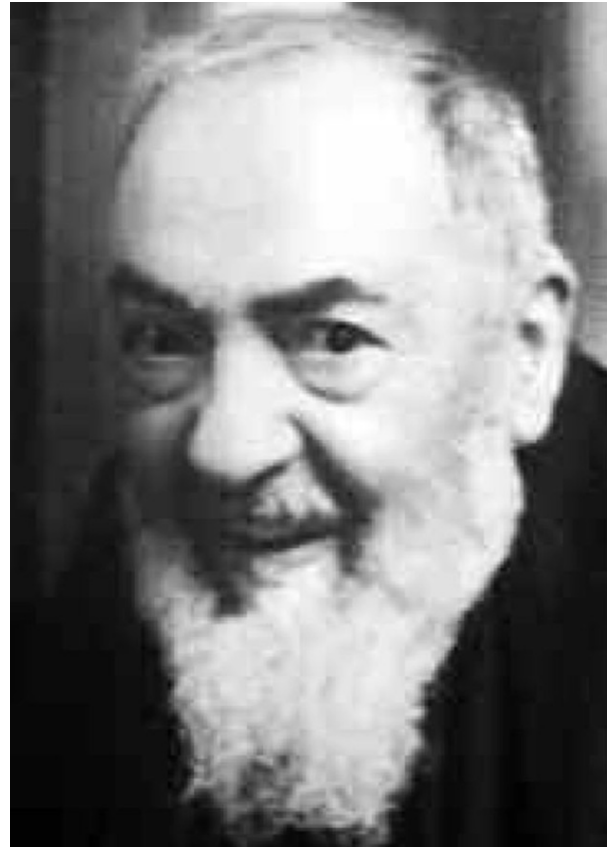
Francisco Forgione nació el 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina, una pequeña comunidad ganadera del Sur de Italia. Nació en una familia religiosa y unida, le gustaba ir a misa y escuchar las historias de los santos. A menudo desaparecía solo para rezar y "pensar en Dios".

Más tarde confesó que desde su niñez hablaba con regularidad con Jesús, con María y con su ángel *de la guarda*. En 1902, cuando tenía 15 años, se hizo fraile de la Orden de los Hermanos Capuchinos, que se remonta a San Francisco de Asís, santo patrón del Padre Pío, y a quien a menudo vio en visión.

"Quiero ofrecerme a mí mismo"

En 1910, al ordenarse sacerdote, el Padre Pío decidió ofrecerse como víctima por la salvación de las almas. Le escribió lo siguiente a su director espiritual:

"Durante algún tiempo he sentido la necesidad de ofrecerme al Señor como víctima por



los pobres pecadores y por las almas del Purgatorio. Este deseo ha ido creciendo en mi corazón hasta que se ha convertido en una pasión poderosa."

Aunque fue prevenido en algunas visiones de que ciertas fuerzas demoníacas intentarían a lo largo de su vida que abandonara esta misión, él permaneció impertérrito.

En Julio de 1918, pocos días después de que el Papa Benedicto XV pidiera a los cristianos que orasen por el fin de la I Guerra Mundial, el Padre Pío se ofreció como víctima por el final de la guerra. En aquella época vivía en el convento de Nuestra Señora de Gracia, en San Giovanni Rotondo, un pequeño pueblo ganadero en las remotas montañas del Sur italiano.

Aparición de los estigmas

En la mañana del 20 de Septiembre de 1918, mientras rezaba en la iglesia del convento, el Padre Pío recibió los estigmas

(manifestaciones externas de las cinco heridas de Cristo). Al describir la experiencia a su director espiritual, escribió:

*“Todos mis sentidos internos y externos, e incluso hasta las facultades de mi alma, estaban inmersas en una quietud indescrip-
tible. De pronto, vi ante mí a una persona misteriosa (que más tarde identificaría como al Cristo herido) de cuyas manos y pies manaban gotas de sangre... Cuando la visión desapareció, me di cuenta de que manaba sangre de mis manos, de mis pies y de mi costado.”*

Inmediatamente aparecieron las heridas en manos y pies, que le causaban dolor continuo. Sangraban sin cesar, emitiendo el dulce aroma de las rosas y las violetas. No podía cerrar las manos y, excepto cuando decía Misa, usaba guantes y zapatos especiales.

Algunos médicos escépticos le sometieron a dolorosos exámenes, pero las heridas desafiaron a la ciencia médica. El Padre Pío aceptó los estigmas como un regalo de Dios por la redención de la humanidad, pero hubiera preferido sufrir en secreto, sin llamar la atención

A sus hijos espirituales: "orad y medita"

Para entonces ya se había formado a su alrededor un círculo de "hijos e hijas espirituales", el inicio de los grupos internacionales de oración que establecería más tarde.

El Padre Pío hablaba a sus hijos espirituales de la presencia interna de Dios. Les pedía que vivieran en esa presencia rezando tanto como pudieran, meditando en la vida de Cristo, abandonándose a la voluntad de Dios y amando a Dios y al prójimo.

Les aconsejaba que sirvieran a Dios con alegría y les advertía de los efectos dañinos del desánimo y la preocupación. A pesar de sus pruebas físicas, las características que distinguían al Padre Pío eran la alegría, la serenidad, la amabilidad y la humildad.

No había distancia entre Cristo y él

La Misa era el medio por el que el Padre Pío expresaba públicamente su unión con Cristo. Los testigos presenciales decían que estaba siempre en un estado de profunda comunión interior, el cual elevaba a todos los congregados. Un testigo presencial lo

describía así:

“El rostro del Capuchino, que momentos antes me había parecido jovial y afable, estaba literalmente transfigurado... Temor, alegría, pena, agonía o aflicción... Podía seguir el misterioso diálogo en sus gestos. Ahora protesta, mueve su cabeza en desaprobación y espera la respuesta. Todo su cuerpo estaba erguido en súplica silenciosa...”

De repente enormes lágrimas caían de sus ojos, y sus hombros, sacudidos por un peso aplastante... Entre él y Cristo no había distancia...”

Las Misas del Padre Pío podían durar hasta tres horas. Revivía la crucifixión de Cristo y rezaba por todos los que le pedían ayuda.

Un "cirujano del alma"

Igualmente importantes en el ministerio del Padre Pío fueron sus confesiones, a veces hasta cien diarias. Sabía "leer las almas" con total precisión y sabía qué decir exactamente a cada persona.

Si alguien se negaba a contar alguna falta grave, el Padre Pío se la señalaba con toda clase de detalles.

Dado que algunos sólo le respetaban si gritaba, solía gritar; aunque en su corazón, como él mismo decía, estaba sonriendo.

A quienes acudían a "probarle", o no lo hacían con sinceridad, los despachaba brusca-mente. Ser rechazado por el Padre Pío suponía tal golpe, que cambiaba la vida de las personas.

La primera ola de persecución

En la primavera de 1919 ya se había extendido la noticia de los estigmas. Se hablaba de curas milagrosas y los periódicos de toda Italia publicaban artículos a cerca del Padre Pío.

Este nuevo interés por el Padre Pío y la afluencia de peregrinos y limosnas para su monasterio, crearon celos entre el clero local. Comenzaron a difundir crueles mentiras, insistiendo en que las heridas se las hacía él mismo, que utilizaba perfume para crear los aromas celestiales, que estaba poseído por el Demonio y que mantenía relaciones ilícitas con sus "hijas espirituales".

Las acusaciones y los celos llegaron al Vaticano y en 1922 la Iglesia tomó cartas en el asunto: El Padre Pío ya no podía confesar,

ver a sus hijos espirituales, responder la correspondencia o decir Misa (excepto fuera de horario y, más tarde, sólo en privado).

La Iglesia emitió informes rechazando el origen espiritual de los estigmas.

Así comenzaron los años que el Padre Pío denominaría su "encarcelamiento", una prueba que ofreció como sacrificio a Dios por las necesidades de los "no salvados". Solía pasar su tiempo libre rezando y en comunión silenciosa con Dios. Estudiaba las Escrituras y los escritos de los Padres de la Iglesia. Las restricciones no se levantaron hasta 1933.

El mundo descubre al Padre Pío

La II Guerra Mundial abrió el ministerio del Padre Pío al mundo. Entre 1943 y 1945, cientos de soldados aliados destinados en el Sur de Italia, visitaron San Giovanni Rotundo para encontrarse con el hombre de llevaba las heridas de Cristo.

Inspirados por su santidad y por su celebración mística de la Misa, tanto católicos como protestantes acudieron a venerar al Padre Pío. Para horror y consternación de los frailes de su convento, el Padre Pío administraba a menudo los sacramentos a soldados protestantes y nunca les presionaba a convertirse.

"La persona enferma es Cristo"

Los soldados y enfermeras de la guerra llevaron a sus hogares la noticia del Padre Pío. Al poco tiempo, comenzaron a llegar peregrinos y donaciones a San Giovanni Rotundo. Estos fondos permitieron al Padre Pío llevar a buen término un proyecto que albergaba en su corazón, la construcción de un hospital: La Casa para el Alivio del Sufrimiento, o la *Casa* como se la conocía, que abrió el 5 de Mayo de 1956.

El Padre Pío concibió la *Casa* como un lugar en el que se trataría a los enfermos en condiciones ideales, tanto materiales como espirituales, para abrirse a la gracia de Dios. Hacía caso omiso de quienes pensaban que la *Casa* era demasiado lujosa, diciendo que "la persona enferma es Jesús y hacer cualquier cosa por nuestro Señor es poco".

Hoy, la *Casa* es uno de los hospitales más

grandes y mejor equipados de Italia. Es también el centro internacional para los 2000 grupos de oración del Padre Pío, con más de 200.000 miembros en todo el mundo.

"El criterio de Dios no es el criterio del hombre"

Celosos del éxito del Padre Pío y decididos a controlar los fondos de la *Casa*, sus superiores de la Orden de los Capuchinos instigaron una nueva ola de persecución: se abría la correspondencia del Padre Pío, se grababan en secreto sus conversaciones en el confesionario y en las habitaciones de la hospedería del convento; y se mancilló su reputación con una campaña de desprestigio.

En 1961, una investigación del Vaticano trajo nuevas restricciones: el Padre Pío no podía salir del convento; su acceso a los fieles estaba estrictamente regulado; y la hora de su misa tenía que cambiar todos los días.

Antes de morir, el Papa Pío XII había concedido al Padre Pío una dispensa especial, el título de todas las propiedades de la *Casa* y el control administrativo del hospital. El nuevo papa, Juan XXIII, revocó esta dispensa y le ordenó que firmara la entrega de la *Casa* al Vaticano.

No fue hasta 1964, con la llegada del Papa Pablo VI, cuando se anularon todas las restricciones impuestas al Padre Pío. A pesar de estas injusticias, su alegría interior permaneció intacta. Sin censurar ni juzgar, decía simplemente: "El criterio de Dios no es el criterio del hombre".

Desaparecen los estigmas

Al acercarse a su 80 cumpleaños, la salud del Padre Pío comenzó a deteriorarse. Aunque permanecía confinado en una silla de ruedas, siguió diciendo Misa, escuchaba cincuenta confesiones diarias y recibía más de 5.000 cartas al mes.

Los estigmas habían comenzado a desaparecer hacía más de un año. Cuando murió pacíficamente el 23 de Septiembre de 1968, tres días después del 50 aniversario de los estigmas, las heridas se habían curado por completo.

John Lenti, ministro y residente de muchos años en Ananda Village, trabaja en Ananda Sangha. Clarity. Winter 2005, 11-14.